

# A destruir

Luis Rubio

Las cosas ciertamente no estaban perfectas y la promesa de ingresar al primer mundo hacia tiempo que se había disipado. Pero la realidad no era blanco y negro: México había dado enormes pasos hacia adelante, como ilustran las exportaciones aeronáuticas, automotrices y agroindustriales. Estados como Querétaro y Aguascalientes no sólo han mantenido la paz interna, sino que han venido creciendo a tasas asiáticas. Pero también hay regiones que no sólo se han estancado y rezagado, sino que en las pasadas décadas se convirtieron en fábricas de migrantes. Cualquiera que tenga un mínimo de sensatez y capacidad de observar sin distorsiones ideológicas y partidistas sabe bien que hubo grandes avances y enormes insuficiencias. Los grises del panorama mexicano son palpables por donde uno mire. La pregunta es si para lograr un progreso decidido y generalizado se requería destruir todo lo existente o si, por el contrario, la receta idónea era corregir el rumbo, construir sobre lo acertado y reparar los errores cometidos.

López Obrador llegó al gobierno hace exactamente dos años convencido del primer planteamiento: todo está mal y hay que destruirlo para retornar a lo que funcionaba antes. Paso seguido, el país ha vivido el torbellino de la eliminación de programas, cancelación de proyectos y toda clase de acciones, algunas justificadas y la mayoría arbitrarias. Algunos comparten la necesidad de replantearlo todo, pero lo que es seguro, a dos años de distancia, es que el único plan que guía al presidente es el de echar todo para atrás, en muchas ocasiones animado por las más viscerales de las motivaciones: el odio, el ánimo de venganza y el ansia de poder.

Hay dos factores clave en que se centra la narrativa del gobierno actual: primero, que las reformas de las pasadas décadas siguieron una lógica ideológica; y, segundo, que las cosas estaban bien antes de comenzar las reformas.

Si uno analiza la manera en que se fue conformando el proyecto de reformas a lo largo de los ochenta, lo primero que salta a la vista es que no había un plan. El gobierno de Miguel de la Madrid se encontró con un gobierno quebrado y una economía desquiciada. Todas sus acciones por los primeros dos años de su gobierno se encaminaron a intentar reconstruir la estabilidad económica de los años sesenta: controlar el gasto público, bajar la deuda externa y restaurar los equilibrios financieros. El gran viraje que dio aquella administración consistió en comenzar a liberalizar las importaciones, ello con el objetivo de atraer inversión y elevar la productividad de la economía.

Ese viraje, enorme en concepto, muy modesto en su primera fase de implementación, no respondía a consideración

ideológica alguna, sino a un reconocimiento crucial: que el mundo había cambiado. Primero que nada, las altas tasas de crecimiento de la economía de los setenta se habían debido a un momento excepcional: el descubrimiento de grandes yacimientos petroleros y la expectativa de ingentes recursos que de ahí se derivarían. Cuando eso no se materializó, al inicio de los ochenta, la economía se colapsó. El punto esencial es que no es cierto que la economía estaba muy bien antes de las reformas: quienes creen eso estaban viendo el espejismo del petróleo, no la solidez de la estructura de la economía.

El problema real del proyecto reformador, que adquirió forma mucho más estructurada al inicio de los noventa y que se consolidó con el TLC, reside en que fue concebido para evitar llevar a cabo un cambio en el statu quo político. En contraste con otras naciones que se reformaron en estas décadas -como España, Chile, Corea- en México no fue un nuevo gobierno, producto de una elección posterior al fin de una dictadura, quien llevó a cabo las reformas, sino un gobierno emanado del partido que llevaba décadas en el poder. La única similitud es la URSS, que no lo sobrevivió. En consecuencia, las reformas nacieron truncas porque procuraban dos fines contradictorios: liberalizar y hacer más eficiente la economía; y al mismo tiempo, proteger intereses relevantes para la clase política en negocios, sectores y funciones. El resultado es, por ejemplo, el sistema educativo que tenemos y que impide el progreso de vastas regiones del país (y que nos impide reemplazar mucho de lo que China produce para EUA), vastos monopolios que persisten y toda clase de intereses que mantienen pobre al sur del país.

Razones para cambiar hay muchas y AMLO estaba excepcionalmente posicionado para llevar a cabo los cambios que México requería. Sólo alguien como él, conocedor de la historia, hábil para la movilización política y desvinculado de los promotores de las reformas, podía haber llevado a cabo los cambios que el país requería. Desafortunadamente, optó por otro camino: negar las circunstancias que llevaron al país a donde está y dejarse llevar por motivaciones primarias incompatibles con la función para la que fue electo. El resultado es una destrucción sistemática y a rajatabla, de mucho de lo que funciona en el país, sin crear nada susceptible de transformar a México para bien, con mejores condiciones económicas, menos corrupción y mayor legalidad. En una palabra, dos años de retrocesos. Y los que faltan.

@lrubiof

## ÁTICO

En lugar de construir un nuevo proyecto de desarrollo, el presidente lleva dos años destruyendo todo lo que existía.

# ¿Qué hacer? (I)

Sergio García Ramírez

¿Qué hacer hoy y aquí, en México, en el tránsito entre 2020 y 2021? ¿Qué hacer frente a la amenaza de un futuro que podría extremar —si nos cruzamos de brazos— el abismo en el que hemos caído?

—con la experiencia de estos años perdidos, el dolor de la desilusión— y en ellas se podrá fijar el rumbo de la nave, extrañado en una errática travesía.

Falta menos de un año para que decidamos nuestro destino en elecciones federales y locales. El tiempo corre de prisa y todavía no hemos establecido, mediante un gran acuerdo nacional, la forma de encauzar la travesía y desembarcar en 2021 con nuevas decisiones políticas. Cada día cuenta en este calendario hacia la cordura y la legalidad. ¿Qué hacer en ese tiempo angustiosamente breve, que el aparato del poder procura copar con atracciones, distracciones, advertencias, amagos, presiones tendientes a extraviar nuestra decisión y subyugar nuestro futuro?

A mi juicio, habría que aprovechar las pocas horas de las que todavía disponemos en un quehacer colectivo que requiera entusiasmo y diligencia, reflexión y solidaridad. Además, por supuesto, honestidad y generosidad. Me refiero al quehacer político, entraña de esta sociedad, la civitas mexicana que debe ser reconstruida. En esta primera nota he mencionado una convicción generalizada —que es dura experiencia— y aludido a la necesidad apremiante de cambiar el rumbo y el estilo. Reconozcamos la situación que prevalece, tengamos conciencia del malestar que se propaga, advirtamos la necesidad de replantear nuestra vida política —y social— y busquemos una respuesta a la pregunta que puebla nuestro insomnio: ¿qué hacer? En la siguiente nota recogeré algunas sugerencias que formulan muchos compatriotas.

# Estadísticas y tragedias

Enrique Krauze

“Un muerto es una tragedia, un millón de muertos es una estadística”.

Quizá Stalin no pronunció esta frase que se le atribuye, pero la asumió con naturalidad. Si el costo de su “ideal” era la muerte de millones de personas, siempre estuvo dispuesto a pagarlo. Eso suele pasar con los ideales abstractos: sacrifican personas concretas.

Ningún régimen o gobierno provocó la irrupción del COVID-19. Pero la responsabilidad histórica no se agota en la causa: atañe también al manejo de la enfermedad. Y ahí las diferencias entre el gobierno mexicano y la mayoría de los países son irrefutables. El COVID-19 ha cobrado la vida de más de cien mil personas en la cuenta oficial (la cifra real que dan fuentes confiables es del triple). ¿Cuántas podrían haberse salvado de un manejo distinto? No lo sabemos, tal vez una. Pero esa vida valía la pena. Esa muerte, lo mismo que cada unidad en la estadística, es una tragedia.

Los expertos internacionales han señalado la eficacia de la respuesta en los países asiáticos, donde existe una antigua y muy arraigada cultura de ayuda mutua. También han encomiado a Nueva Zelanda o Uruguay, donde la cultura cívica ha contribuido a domar el virus. Todos hemos escuchado las reglas elementales: uso de cubrebocas, mantenimiento de una sana distancia, diagnóstico temprano de la infección y detección de posibles contactos, precaución especial con personas de la tercera edad o con condiciones previas de vulnerabilidad, precisión y transparencia en el suministro del equipo y los tratamientos.

Aunque varios gobiernos estatales (incluido el de la Ciudad de México) han intentado cuidar algunos de estos lineamientos, la actitud del gobierno federal a todo lo largo de este calvario ha sido dolorosamente irresponsable. El ciclo comenzó antes, con la supresión del Seguro Popular, la múltiple afectación (presupuesto, medicinas, equipo) a las instituciones de salud pública, la disrupción de cadenas de distribución, todo bajo el criterio de un “borrón y cuenta nueva” que no consideró las consecuencias prácticas de esas medidas, ni siquiera en casos extremos como los niños con cáncer. Ya declarada la pandemia, desde la mayor tribuna nacional se desestimó la peligrosidad del virus, se desalentó en un principio -y jocosamente- la sana distancia, se desechó casi por completo el método de las pruebas y el rastreo de contagios. Las

enfermeras y los médicos son los héroes de este tiempo aciago, pero de haber contado con condiciones adecuadas para cumplir su trabajo no habrían tenido que llegar a ese extremo. Su lealtad al juramento hipocrático —“ante todo, no hagas daño”— contrasta con el cinismo de la mayor autoridad sanitaria, un médico que ha supeditado el valor superior de la salud al interés personal de la política.

La solidaridad ante la desgracia es una virtud del pueblo mexicano, probada en plagas, terremotos, inundaciones. ¿Por qué el presidente, a quien un amplio sector de los mexicanos (sin duda el más vulnerable) ve como su guía moral, no utilizó la palabra y el ejemplo para convocar a la solidaridad expresada en el cumplimiento -hasta donde era posible- de algunos lineamientos? Nadie ha pedido milagros. Millones de personas no han tenido otra alternativa que salir a la calle a ganar el pan, con riesgo de sus vidas. Pero una orientación presidencial les habría ayudado a sobrellevar y a esquivar el peligro. Y a sentir consuelo.

Hace unos días me enteré de una escena. A la pregunta de por qué no usaba cubrebocas, un trabajador humilde contestó: “Porque el presidente no lo usa y hasta dice que no es necesario”. Dijo más: que imponerlo sería autoritario. ¿Quién habla de imponerlo? ¿En qué sentido sugerir firmemente el uso de cubrebocas podría mermar la libertad personal? ¿Era mucho pedir que el presidente y su vocero aparecieran usando cubrebocas y explicasen esa y todas las reglas elementales de precaución ante el COVID-19?

El gobierno ha desdeñado la evidencia científica internacional y hasta el testamento explícito de los eminentes doctores Mario Molina y Guillermo Soberón. Por un tiempo, “el inhumano poder de la mentira” (Pasternak) logrará prevalecer. Pero, si nada cambia, la historia -guiada por el buen juicio y el alud de información objetiva que tendrá a la mano- emitirá un dictamen severo sobre la grave responsabilidad del régimen en la mayor tragedia sanitaria de la historia contemporánea de México.

Los hechos son irreversibles pero el futuro no. El invierno puede ser devastador. El presidente debe recapacitar.

www.enriquekrauze.com.mx

## ÁTICO

Vivimos una tragedia sanitaria sin precedentes. El gobierno debe corregir el rumbo.

# Enfermedades crónicas y pobreza

Arnoldo Kraus

Conforme avanza la medicina, las enfermedades crónicas se han multiplicado. La esperanza de vida ha aumentado y con ella las dolencias crónicas. Hay una relación proporcional entre vejez y enfermedades crónicas.

los enfermos desean morir debido a dolores incontrolables. En los países ricos, se piensa en la muerte por los efectos indeseables de la quimioterapia. El abismo es infinito: los ricos buscan morir porque la quimioterapia causa molestias insoportables mientras que los pobres quieren fenecer debido a desigualdades nauseabundas: los opioides son más caros en los países pobres que en los ricos. Los responsables de esas disimetrías son los gobiernos que le permiten a las farmacéuticas lucrarse con la miseria.

Conforme avanza la medicina, las enfermedades crónicas se han multiplicado. La esperanza de vida ha aumentado y con ella las dolencias crónicas. En el siglo XIX la esperanza de vida variaba entre 30 y 40 años, en las primeras décadas del siglo XX oscilaba entre 50 y 65 y en la actualidad, en países ricos, la expectativa de vida rebasa los 80. Hay una relación directamente proporcional entre vejez y enfermedades crónicas.

La medicina moderna semeja a Jano, el dios de los dos rostros y de las puertas abiertas y cerradas. Quienes padecen enfermedades crónicas y no tienen cómo afrontarlas, prefieren cerrar las puertas y terminar; quienes usufructúan los beneficios de la medicina moderna buscan mantener abiertas las puertas. La medicina moderna, como Jano, tiene dos caras. El progreso incluye y excluye. Los ricos “pueden morir” sin dolor; los pobres fenecen en “agonía dolorosa”.

En las sociedades ricas la tasa de suicidio ha aumentado debido al uso exagerado de opiáceos para paliar el dolor, mientras que en las pobres se opta por el suicidio por falta de medicamentos. Dismetrías cruentas, signo de nuestros tiempos.